

Pero en tanto conflicto,
 Quien tales hados superó constante
 ; Dónde hallará peligro que quebrante
 Su corazon invicto!

; Dónde? ; O Clio!... Mas tú de horrores tales,
 Con buril de oro, en tablas inmortales
 Libras de olvido el daño;
 Escribes, y la fama los publica,
 Nombres que el eco olímpico replica:
 Gravina, Alava, Escaño.

; Y cuántos mas, que de mi voz suprime
 El mismo amor que en mi memoria gime!
 ; O Cosme (1)!... ; O dura suerte!
 Dadle eterno laurel, hijas de Apolo,
 Que á un amigo infeliz le cabe solo
 Darle llanto en su muerte.

Crisol de adversidad claro y seguro
 Vuestro valor probó sublime y puro,
 ; O marinos hispanos!
 Broquel fué de la patria vuestra vida,
 Que, al fin, vengada y siempre defendida
 Será por vuestras manos.

Rinda al Leon y al Aguila Neptuno
 El brazo tutelar, con que importuno
 Y esclavo al Anglia cierra;
 Y ella os verá desde las altas popas,
 Lanzar torrentes de invencibles tropas
 Sobre su infausta tierra.

Básteos, en tanto, el lúgubre tributo
 De su muerto adalid (2), doblando el luto
 Del Támesis umbrío;
 Que si, llenos de honrosas cicatrices,
 Se os ve, para ocasiones mas felices,
 Reservar vuestro brio,

Sois cual leon, que en líbico desierto,
 Con garra atroz, del cazador esperto
 Rompió asechanza astuta,
 Que no inglorioso, aunque sangriento y laso,
 Temido sí, se vuelve paso á paso
 A su arenosa gruta.

(1) Don Cosme Churruca.

(2) Nelson.

BERMUDEZ DE CASTRO

(DON JOSÉ).

NOVELA.

LOS DOS ARTISTAS.

I.

En una callejuela sucia y oscura de Sevilla, habia una casa cuya fachada y distribucion desde los cimientos á las tejas han sido alteradas por adiciones, sustracciones y composturas sucesivas, hasta mudar enteramente su forma y cambiarla en otra, tan distinta y tan diversa de la de que hablamos que no la hubiera conocido el pobre albañil que con orgullo de arquitecto la concibió y puso su primera piedra, muchos años antes del de gracia de 1616 en que la presentamos á nuestros lectores.

En aquel tiempo consistia la tal casa en dos pisos, si se puede contar por tal una especie de camaranchon de suelo terrizo y de techo bajo que cubria las tres cuartas partes de la sala y al que se subia por una escalera de mano. Este sobrado ó zaquizami es el que nos interesa conocer, y mas bien por satisfacer la curiosidad de algun lector ó lectora que se distraeria de nuestra relacion por el ansia de adivinar el resto de la casa, diremos que esta se componia á mas de la sala, de un patio grande y cuadrado, una cocina estrecha á un lado y una mezquina cuadra para un caballo al otro. Cuadra á la sazón vacia, y sea esto dicho de paso para no volver mas á visitarla.

El camaranchon, ó sea sobrado de que hablamos, tenia dos ventanas opuestas, una que daba á la calle y otra al patio que hemos mencionado. Cuando se alzaba la cabeza perpendicularmente, al subir el último escalon de aquella escalera, y al sacarla por la especie de escotillon que servia de entrada, se veian varios lienzos y tablas, imprimados, apomazados y listos para pintar, que estaban colgados en diferentes sitios de las paredes, advirtiéndose á primera vista que no habia entrado en la mente del que los puso idea alguna de adorno ó simetria en su colocacion; pues unos estaban apaisados, otros colgando por un ángulo, todos con despilfarro y al descuido, inclinándose mas á un lado que á otro segun que el clavo sobre el que se balanceaban en equilibrio estaba mas ó menos distante del centro del bastidor.

Algunas pinturas por concluir, algunos bocetos chispeando de imaginación y viveza, la mayor parte de estudio, acompañaban á los lienzos y tablas, alternando con ellos en adorno y simetría.

Dos ó tres tablas pendientes de cuatro cuerdas y apoyándose en una de las paredes, sostenían y se plegaban en arco, al peso de quince ó veinte volúmenes de poesía, filosofía escolástica, y con ellos *la Simetría del cuerpo humano de Alberto Durer*, *la Anatomía de Bezalio*, *la Perspectiva de Daniel Bárbaro*, *la Geometría de Euclides*, y otros varios libros de matemáticas y pintura.

Junto á ellos había un rimero de dibujos, estudios de hombre, caprichos de pintor, paisajes mal tocados y borrones, según se echaba de ver por algunos de ellos que habían rodado y que yacían esparcidos por el suelo. Y más allá y sobre un sillón de encina y dos bancos que había en el cuarto, otros papeles revueltos con una gorra, unos gregüescos desgarrados, una golilla bastante limpia aun, y un jubón de seda que colgaba de la silla, bañando una de las mangas en un ancho barreño cuya agua sucia y aceitosa mantenía en remojo, y fuera del contacto del aire que los secaría, cuatro ó cinco brochas y pinceles.

Una losa con su moleta aun sucia de albayalde descansaba sobre una mesa de nogal; un gran caballete y un lienzo en él ocupaban el centro del cuarto, junto á una ventana y á buena luz de norte, entrando por la izquierda. Esta ventana, hábilmente cubierta de lienzo y papel ennegrecido, daba estrecho paso á la luz, que entraba en rayo vivo reflejando sobre la cara de un aldeanillo colorado y robusto, que en actitud grotesca enseñaba dos hileras de dientes anchos, blancos y afilados sin duda por el pan de Telera, fingiendo la más abierta y extravagante risa, con tales veras, que la hubiera comunicado al más afligido espectador.

Pero por una contradicción de esto mismo, el único que había en aquel aposento no participaba de ella. Un joven, al parecer de diez y ocho á veinte años, de cara grave y silenciosa, de color moreno, de ojos vivos y mirada fija, estaba delante del bastidor, la paleta en la una mano, el pincel en la otra, copiando al parecer aquella extravagante y fingida risa del aldeanillo. Y no debía de estar muy contento de su obra, porque sus cejas juntas, sus labios apretados y sus movimientos prontos, bruscos y convulsivos de despecho, no dejaban duda de que estaba incómodo y fastidiado.

Dos ó tres veces se apartó un tanto para considerar su obra, sus ojos se dirigían rápidos del modelo á la copia; después tocaba, desfumaba, volvía á tocar, á retirarse, á comparar, y el resultado y desenlace de aquella maniobra fué exclamar con rabia: Voto á... y aquí se detuvo como buen cristiano, pensando á quien votaría; al cabo se enmendó; ¡válame Dios! y quien podrá imitar tales tintas! Y por mucho que quiso contenerse, después de un rato de combate, de titubear y de esfuerzos para contener su cólera, le-

vantó la mano, tiró el pincel sobre el lienzo que se deslizó arrojando las tintas que encontró al paso y trazando una curva de todos los colores del arco iris; y no contento con eso arrojó tiento y paleta y pinceles, descargó sobre el lienzo un fuerte puñetazo que hizo un ángulo recto por donde pasó el puño, y exclamó ya sin consideración ni comedimiento: Voto á... Dios, ¡qué hace tintas que no puede imitar un hombre! Y se arrojó desesperado sobre el sillón de encina, sobre papeles y jubón, y con la mano en la frente cayó en un abatimiento cual si estuviese amortecido: el abatimiento, la desesperación del genio que ve el cielo y no puede subir á él.

El aldeanillo que le servía de modelo, sin decir una sola palabra, sin parecer admirado del desenlace y viendo que su amo nada hacía, plegó sus labios, se sentó en el suelo, y sacó de un rincón del seno y de debajo de su camisa rota y sucia un pedazo de pan moreno, y empezó á morderle con tal ansia, que dejaba entrever que hacía tiempo que deseaba empezar semejante entretenimiento.

Acabó su almuerzo ó comida, muy despacio y saboreándose con cada uno de los últimos bocados: después se arriesgó á echar una mirada tímida sobre su señor; pero le vió inmóvil y en la misma postura. Esperó, y esperando pasó el tiempo, hasta que viendo que anochecía, se deslizó del cuarto sin que el pintor hiciese el menor movimiento.

Así permaneció abatido, pensativo, dando señales de estar en vela por alguna contracción convulsiva. Una vez alzó la cabeza, miró al derredor y se cubrió los ojos, apretando los puños y golpeándose la frente con fuerza. Así pasaron las horas, y no comió; así le encontró la noche, y no durmió: y solo á la mañana siguiente, al amanecer, salió del cuarto, abatido; pero más bien con expresión de tristeza que de la desesperación primera. Tomó la gorra con una pluma rota y pelada y el ferreruero. Por un movimiento natural é irreflexivo torció y levantó el mostacho naciente; y llevando aun señales de la tormenta pasada en los ojos hundidos y la color cetrina, bajó por la escalera, y después de santiguarse devotamente, salió á la calle.

II.

Era buen cristiano, y cristiano del siglo XVI, pues el XVII empezaba entonces: así su primer cuidado fué dirigirse á la iglesia vecina. Allí oyó misa, estuvo algún tiempo, y ya más tranquilo salía por la puerta, cuando una mano le tocó ligeramente en el hombro y una voz conocida le dijo al mismo tiempo: Vaya con Dios, señor Diego.

El que así le hablaba era un hombre de bastante más de sesenta años, alto, bien hecho y con cara agraciada, de color trigueño,

que daba señas de haber sido de buen parecer, ojos vivos y negros, ojos de genio que hablaban de guerras y artes con todo el ardor de un soldado y el entusiasmo de un artista. La boca pequeña y des-poblada, con solo dos ó tres dientes descarriados; pero el cuerpo airoso, la presencia gallarda y de gentil ánimo. Llevaba un ferre-ruelo de camelote negro, usado y raído, el jubon era de lo mismo, con follages y cuchilladas primorosas, pero no en mejor estado que su compañero; llevaba calzas escuderiles ó *pedorreras* como llama-ban en aquel tiempo, con lazo de color, espada larga y brillante, gorra calada á un lado con aire soldadesco y marcial, todo mal-tratado, raído y diciendo pobreza á tiro de ballesta; pero limpio y acepillado con minuciosidad y cuidado.

Oh! era ciertamente un espectáculo digno de ser mirado, la reunion de aquellos dos hombres, el uno entrando en la vida, el otro saliendo de ella, el uno todo esperanzas, el otro todo memo-rias, y ambos combatiendo con el destino, ambos mirándose con ojos que dejaban ver un alma ardiente, un genio de fuego, una imaginacion volcánica, una vida que el entusiasmo gasta como una lima de acero; y esto á través del prisma del porvenir de la juventud y el velo de lo pasado de la vejez. Ah! quien los hubiera visto no los hubiera equivocado con almas vulgares, y hubiera dicho: ó hay mucho bien ó mucho mal dentro de esas cortezas de carne: ó hay un cielo, ó un infierno. Al uno le esperaba el suicidio ó la gloria: al otro... El otro habia arrostrado y sobrepujado cien combates de la vida contra un destino duro é intratable...

Y era así, el anciano era un gran poeta... pero ignorado, os-curo, solo conocido y tratado por algunos artistas de genio ameno y entusiasta, que en aquella época podian solos apreciar la imagi-nacion florida y ardiente del anciano.

Nuestro jóven pintor le conocia, le queria y respetaba como profundo filósofo, humanista y valiente soldado, sabia de memoria sus trovas, y los jóvenes eruditos de Sevilla repetian con entu-siasmo algun soneto con que se dió á conocer.

En aquel momento decia: Pero esa palidez, esos ojos encar-nados, cansados y hundidos.... No gastes tu vida que puede ser tan gloriosa.... no gastes tu corazon, niño.... eso....

— Eso significa, dijo el pintor interrumpiéndole con despecho, una noche de vigilia, de llanto, de tormento, rabia y desespera-cion. Y apretó con fuerza el brazo de su compañero, y ahogó un suspiro convulsivo.

— ¿Y qué? ¿amores de la edad primera? dijo el viejo con interes. Pero no. Porque vió otro fuego que el del amor arder en aquellos ojos. — No, no puede ser.... jóven, dime, ¿qué te ha sucedido?

— ¿Qué me ha sucedido?... Perder mis esperanzas de gloria, quemarme las alas.... Caer!

— Habrás emprendido mas de lo que debes, no habrás escogido el momento de inspiracion!

— No he podido pasar de una línea, de un punto: y allí me que-daré, allí me confundiré con otros!....

— No, jóven, tú no has nacido para confundirte.... no.... alza la cabeza.... álzala, pensando en la gloria.

— ¡La gloria!.... sí; yo soñé en la gloria, y á vos debí esos sueños que me desesperan: yo quise ó vivir admirado ó morir... no una existencia media, de esas que encenagan la vida.... y ahora ¿cómo volar?

— ¡Si yo tuviese tu mano, tu pincel y mi imaginacion! le dijo el otro con una mirada de entusiasmo y poniéndole la mano sobre el hombro, y chispeando de genio y poesia. Tú no sabes el tesoro que posees, trabaja, y yo te prometo la fama....

— Es en vano!.... ya perdió para mi su prestigio! yo me gas-taré antes de salir de la nube! respondió el jóven con aparente in-diferencia.... Y se quedó un momento silencioso. Despues dijo: ¡Vuesa merced tambien ha soñado con esa gloria! vuesa merced tambien ha compuesto trovas, comedias.... y qué? qué ha con-seguido? Está su gloria en ese ferreruelo, en ese jubon....

— Verdad! dijo el anciano con tristeza; verdad, estoy pobre, olvidado, enfermo, perseguido.... ved mi gloria! Esa muger in-grata que yo he adulado, acariciado y contemplado tanto! Qué pago, o Dios! y bajó la cabeza.... pero por solo un momento. Soy pobre, es verdad, dijo en seguida con aire fiero y marcial de poeta y soldado; soy pobre, pero honrado. — Y los sueños de amor y felicidad, y los personajes que yo he creado como un Dios, con sus virtudes, sus caractéres, sus pasiones, buenos ó malos, á mi antojo, esos personajes que amo como á mis criaturas, esas obras que son mis hijas, esos ratos de ilusion y delirio, esas delicias celestes, ese vuelo delicioso, vago, libre como el aire, esos mundos donde vivo, dime: ¿no compensan todas las penas, todas las desgracias de la vida? Dime: ¿quién me los quitará? ¡Qué vale la gloria de los hombres junto á las creaciones, á los placeres de un Dios!

Las arrugas profundas de su frente se habian desplegado, sus ojos brillaban con el doble fuego de juventud y entusiasmo, su cabeza noble, erguida, su mirada desdeñosa, que parecia medir la tierra con el cetro del cielo.... no era un hombre, no: era un genio, un dios: mas que eso, era el poeta, el verdadero poeta ins-pirado!

El jóven pintor se encontró dominado por la mirada de águila y la elocuencia fascinadora del anciano. Bajó los ojos avergonzado de su debilidad, y cuando el viejo le dijo: — Vamos á tu casa, vamos: se dejó conducir como un cordero.

III.

El taller estaba en el mismo estado en que le dejamos.
Subieron juntos aquellos dos hombres que parecian padre é hijo.

— ¿Dónde está el lienzo? dijo el viejo, — aquí respondió el joven, y le alzó del suelo, borroso, empolvado, roto y sucio de la tierra que se había pegado...

— ¡Qué vergüenza! No tienes disculpa. — ¿No estabas contento de tu obra? ¿qué es, pues, lo que te contentaría? Has destruido un prodigio, y decia esto considerando atentamente la pintura. Buena espresion... Esta cara se rie, toda ella rie! Buen colorido, viveza de concepto, extraño, valiente toque!... ¡Esta media tinta! Esta sola es el lunar de la obra: ¿porqué defumarla y la merla tanto?

— Esa, esa, dijo el pintor con viveza, esa sola me desespera, esa es la causa de mi despecho. Yo he visto ese azulado, esa tinta, vagar en derredor del labio del modelo y reunirse sin confusion con el oscuro! Yo la he visto, la he concebido y no he podido ejecutarla, dijo lloroso. Decidme, ¿no es motivo para desesperarse?

— No; valor lo primero; pintar y salir del vulgo: sigue la inspiracion, no imites.

— ¿Y qué haré? ¿qué puedo yo inventar? ¿qué colorido puedo yo imaginar que no me haya robado el Ticiano con tanta hermosura y valentia de dibujo y suavidad?... Ay! ya vino Corregio con su pincel de gracias, con su gusto esquisito, con su colorido encantador, su redondez, su relieve... y sus vírgenes!... Y mi imaginacion que vuesa merced pondera, ¿de qué sirve? Ya vino Rafael con su espresion, su gracia y su imaginacion fecunda!

Porqué haber nacido tan tarde!!! qué puedo hacer ya!

— Imitar á la naturaleza: todos la han alterado, unos para embellecerla, otros para degradarla; pintala tú como es, con su divina hermosura, con la magestad respetable que recibió del Altísimo, con sus caprichosos defectos, con sus tintas fuertes y decididas, como es: sin quitarle, sin añadirle nada... y tu imaginacion, tu pincel hará el resto... Y despues, despues te espera la gloria: pero no te alucines, la felicidad... no...! Si titubeas, si temes la envidia y sus persecuciones, si temes, si dudas cambiar la felicidad por la gloria, no naciste para artista; rompe el pincel.

— No, dijo el joven con entusiasmo, agitado como en un torbellino por las palabras del anciano. No... no titubeo... venga la fama, gane yo la inmortalidad, y despues no temo ni desgracias ni males: vengan, yo las desafio. Y alzó la cabeza con orgullo y pareció que la esperaba, como si su voz hubiese sido un talisman, como si sus palabras hubiesen sido sortilegio que las evocase.

— Así te quiero y esperaba verte, hijo mio, dijo el anciano enterrecido; tú eres digno del don que te concedió el cielo. ¡Ay! si yo hubiese tenido tu pincel soberano, tu arte encantador!... El orbe hablaría de mi... y hubiera sido menos desgraciado: mira mi frente, ¿no hay mil desgracias escritas en ella? Yo viví en un mundo que no podia comprenderme. Fui infeliz, tuve que devorar mi alma, mi genio, porque no podia trasladarlo á un lienzo, ni cincelarlo

en un mármol... tuve necesidad de comer y servi... pero mi alma de fuego era preciso que respirase ó se consumiera. El ardor militar sonrie á la juventud... tambien promete palmas y gloria sin fin, dijo con una sonrisa fiera y marcial. Yo fui soldado, y juro á Dios que no tengo de que avergonzarme. Pero Dios quiso cerrarme aquel camino, aquella vida que templaba el fuego de mi alma y la dilataba. Mira: y enseñó al joven pintor una grande herida y un tronco mutilado; ¿ves? fué preciso dejar la espada. Pero podia escribir; mi pluma fué mi pincel y pinté cuadros con su colorido tan fuerte como el tuyo y su dibujo tan correcto... dibujo moral, y muy difícil!

— Y ¡cuán buenos cuadros! dijo el joven con admiracion...

— Pues no has visto mi obra maestra, continuó el viejo: mira, aqui está, sobre mi corazon, y se enterrará conmigo; han creído ver un libelo, me han perseguido, ella es causa de todas mis desgracias... pues mira: la quiero mas por eso, por las penas y trabajos que me cuesta.

Entonces sacó con cuidado un grueso cuaderno de letra incorrecta y borrosa, y empezó á desplegar á los ojos del pintor aquel inmenso cuadro. Especie de tela matizada como un tapiz del brillante bordado de historias frescas, aéreas, fragantes como las flores de un jardin. Mil estravagancias, mil locuras con todos sus atributos de gracias y chistes mezclados, y que se pierde en mil arabescos fantásticos con las mas filosóficas y profundas sentencias del juicio y la razon sana, y con los amores imaginarios y ridiculos, y con visiones de alucinaciones vaporosas; y alternando con ellos la candidez y la ternura, con sus episodios de amores inocentes ó tiernos, desgraciados ó felices, con lágrimas y suspiros dulces, ó con la sonrisa del placer y el rubor del pudor, anacreónticas ó elegias. La vida entera con sus fantasmas y visiones, con su risa y su llanto, con su placer y sus penas... con mil caracteres que cambian como los dias. Tela florida que desenrolla una existencia fantástica, pero verde. Cuadro nuevo, sublime y nunca imaginado. Una profusion de chistes y estravagancias, capaces de hacer sonreir á un sepulcro.

Ya el pintor habia olvidado su desesperacion, su abatimiento, su entusiasmo, y todavia escuchaba cuando concluyó el capitulo.

— Ahora, dijo el viejo sonriendo y gozando mas en las sensaciones que se pintaban en los ojos del joven, que en los aplausos de una multitud; ahora pinta.

— ¡Y qué pintaré despues de lo que he oído... y esa media tinta!

— Pinta la naturaleza virgen, sin alteracion, y serás original, y te citará el mundo... La media tinta tan lamida y borrosa, dijo considerando la tela rota y sucia. Ya comprendo; sí, yo te prometo que saldrás bien de ella; pero júrame por Dios que harás lo que te diga.

— Lo juro, respondió el jóven arrastrado por la superioridad del genio.

Abrió la ventana, preparó la paleta, puso de nuevo lienzo en el caballete, tomó el tiento, los pinceles, se colocó ante la tela, y solo entonces le ocurrió preguntar: ¿Y qué pinto?

El viejo estaba junto á la ventana que daba á la calle, echó una mirada al oír aquella pregunta, y sin titubear respondió: Aquel viejo; y señaló un viejo aguador de pellejo curtido, que en aquel momento despachaba agua á dos ó tres sedientos.

El jóven titubeaba.

— ¿No te he dicho que la naturaleza? ¿Qué importa que el objeto sea vil y bajo? Dios es quien necesita de una religion divina, de su auréola de fuego y sus alas de ángel para subirnos al cielo; pero al genio le basta su pensamiento sin fuego, sin alas ni religion.

El pensamiento era algo heterodoxo para el siglo, pero pasó como un axioma entre los dos artistas sin advertencia ni reclamacion.

Jóven, no titubees; píntalo, á lo vivo, mirando con esos ojos duros, con esa alma ruda, ponme todo eso sobre un lienzo y despues yo te diré: Eres un dios; y te adoraré.

En un momento se penetró del asunto la jóven imaginacion del pintor, y lo dibujó de prisa, informe, pero ardiente como un volcan. El soldado registró minuciosamente su bolsillo y sacó, despues de esprimirlo, algunas pocas monedas de cobre, su comida de aquel día, que dió sin titubear al rapaz Andres, el mismo que sirvió de modelo al desgraciado lienzo del día antes. Le hizo una seña, y el chiquillo inteligente y vivo dió un salto y volvió ufano con el aguador, que se colocó sin hablar palabra delante del pintor. Este, sumergido en el fondo de su pensamiento y su obra, no dió las gracias al anciano sino con una sonrisa. ¿Pero para qué mas? Ya él le habia comprendido.

Ambos callaron: ni una sola palabra se habló de una parte ni de otra. ¡Ay! ¡cómo volaba el pincel sobre el lienzo! ¡Cómo se mezclaban rápidas sobre la paleta las tintas mas caprichosas que se unian en el lienzo y figuraban todas las alteraciones de la luz! Así, sin levantar cabeza una hora y otra, y otra, hasta seis. Mientras mas se acercaba el término del cuadro, mas se agitaba y se movia, y mas atencion prestaba el viejo soldado. ¡Ay! ¡cómo se reproducian! ¡con qué verdad! las formas angulosas, las tintas verdosas, las sombras cortadas de aquella cara ruda. ¡Cómo nacian sobre la tela las manos encallecidas, el cutis tostado del villano!

El mismo Andres participaba de la admiracion y del entusiasmo que la obra divina inspiraba: en un momento se puso delante del hombre en la actitud de tomar el vaso, y su amo, sin decir palabra, trasladó al lienzo el pensamiento del rapaz, con su cara picarresca que en vano aparentaba inocencia.

Las horas volaban, la obra adelantaba; alguna vez exclamó el anciano entusiasmado y como á pesar suyo: ¡Bien! ¡No hay mas que desear!

Ya la obra estaba para concluir: ya sonreia el jóven artista, cuando de pronto se nubló su frente. — Voto á... ¡Maldita media tinta, todavia se presenta! Tomó el pincel: ya iba á tocar, cuando el viejo soldado se le echó encima.

— Voto á Brios, exclamó, no en mis días, no lo permitiré; ¡miren si lo habia yo acertado!

Pero el jóven pintor luchaba con él. — Dejadme: dejadme por Dios. No me impidas, señor, que lo haga ahora que tengo la imaginacion llena del asunto.

— Acuérdate del juramento....

— ¡Qué juramento tengo de recordar, señor, cuando se trata de mi vida eterna! Dejadme: dijo rabioso.

— Antes matarás á este pobre viejo; y enfermo é inválido, y con una fuerza que desmentia los años, impedía al pintor que se acercase al cuadro.

— Señor, señor, dijo el jóven apretando los dientes; señor, dejadme, os digo: dejadme concluir lo mejor que he hecho.

— ¿No ves que vas á echarlo á perder, insensato? descansa la vista.

Pero el jóven no le escuchaba y pugnaba por desasirse; y como en esto pasó algun tiempo, cuando pudo soltarse y se llegó al caballete, se paró como petrificado delante del lienzo; aquella media tinta tan difícil, escollo de sus obras, habia desaparecido: la obra estaba concluida. Era una obra maestra. El anciano se sonrió.

— ¿Ves, le dijo, si tenia yo razon? ¿Estás convencido que ese vapor, esa sombra leve que veias, era solo nubes de tus ojos cansados de fijar el modelo? ¿Tenia yo razon en querer que apartases la vista? Dime ¿qué le falta á ese cuadro? No le toques mas: todo lo que ganaria en suavidad perderia en genio y en viveza... Considera tu obra, ¿y dime si yo te anuncié sin razon una fama eterna? Firma, firmala, que pase tu nombre por los siglos hasta el fin del mundo.

Y el jóven con una sonrisa de agradecimiento y satisfaccion, con la cara encendida de entusiasmo y placer, con la mano trémula de agitacion y alegría, puso al pié: *Velazquez pinxit.*

— Tú serás inmortal, Diego Velazquez de Silva! dijo el viejo.

Velazquez le echó los brazos, lloró de alegría y le dijo: — Y tú tambien, Miguel de Cervantes Saavedra! Eso que me has leído será eterno.